

Llegó el momento de la partida.....

En el carruaje íbamos, sin pronunciar palabra ni vernos las caras por la oscuridad, Francisco, Buzeti y yo.....

Llegamos al muelle, atravesamos la estacion, mal alumbrada por la luz artificial, como unas sombras.... la lluvia arreciaba.... sonó el pito de la locomotora, y vimos avanzar la luz del ojo del gigante, como abriendo un surco de llama en un mar de tinieblas.....



TRENTON.—FILADELFIA.
BALTIMORE.

XVIII

Trenton.—Filadelfia.—Baltimore.—Llegada á Washington.

VOLABA el tren del ferrocarril como si fuera atravesando un subterráneo; las tinieblas se presentaban como espesos muros, el cráter de la locomotora lanzaba erupciones de chispas que se desbarataban en centellas.

El interior del wagon era sombrío, las lámparas alargaban su llama entre humo espeso que se pegaba al tubo; la mayor parte de los pasajeros dormían, tomando esas figuras estrambóticas del sueño, y la trepidación ó cernimiento del carruaje, les hacía mover como de una pieza, y como movimiento de cadáveres.

Francisco, con su cachucha sobre las cejas, se concentraba sin hablar palabra: después de algun andar, me dijo:

—Vamos á pasar por *Trenton*, capital de Nueva-Jersey.

Algunos faroles, una casa de comercio abierta, fué todo lo que conocí y de que puedo dar idea.

—Si de este jaez, dije á Francisco, son mis impresiones sobre Filadelfia, me voy á divertir.

—Pues así serán, porque pasaremos por allí ántes de que amanezca.

Hizo un alto el tren é ingresaron á él dos caballeros que tomaron asiento frente á nosotros, saludándonos en correcto español, muy cortesmente.

Yo respiré; ardia en ganas de hablar de Filadelfia, y Francisco no tenia humor de darme gusto.

Los nuevos compañeros son originarios de Venezuela: llámase el uno, el más jóven, D. Juan Herrera, y el otro, D. Estéban Galvez.

Herrera, como yo, no conocia á Filadelfia; pero le importaba un bledo, tenia suficiencia para figurársela poco más, poco ménos, á la vez que Galvez trataba de instruirle con particular interes.

—Esta ciudad (Filadelfia), decia Galvez, está situada entre los rios Delaware y Schuytkill, á seis millas de su confluencia y á noventa y seis del Atlántico.

—Déjate de particularidades. ¿La ciudad es bonita? Me han dicho que es tristonra: no te canses, el que ha visto Paris. . . .

—Es la ciudad monótona, aunque regulares las calles. Corren de Norte á Sur, y como en todas las ciudades americanas, un nombre sirve para la extension de una vía, aunque tenga varias secciones, y la numeracion es de pares de un lado y nones del otro.

—Lo mismo da todo eso.

—¿Quién habia de decir á Guillermo Penn, observaba Francisco, cuando en 1682 vino aquí con su colonia de cuákeros, el sorprendente desarrollo de estos pueblos?

—Sin embargo, la emigracion fué muy rápida, objeté yo, y se consideró como la ciudad más importante en tiempo del gobierno colonial.

—Aquí se reunieron el primero y segundo Congreso, y se hizo la solemne declaracion de la Independencia el 4 de Julio de 1776.

—Tambien pueden citarse, dijo Galvez, como títulos históricos, la reunion de la Convencion para formar la Constitucion, en 1787, residiendo allí el Presidente de la Union.

—¿Y cuál será la poblacion actual de Filadelfia? pregunté.

—Segun la estadística del año de 1876, Filadelfia contaba 817,448 habitantes.

—No es mal pico, dijo Herrera; pero ochenta grisetas hacen más bulla y son más divertidas que esos miles de mochos, complemento de sus máquinas.

—El comercio es muy cuantioso; el número de establecimientos es 8184.

Los operarios empleados, 137,496.

El capital invertido, 174.016,674.

Y los productos del año de 1870, 322.004,517.

—Pero, hombre, te estás quedando dormido. . . .

—Y tú tambien, me dijo Francisco.

—Pues si esto solo puede divertir á D. Bonifacio Gutierrez ó á José María Mata.

—Yo creo, dijo Herrera, que en vez de esos bocados de estadística, algo diéramos por descansar en el *Continental*

ó en *Girard hotel*, que dicen que son excelentes posadas.

—Muy caras, replicó Galvez, lo mismo que el hotel de la Columnata, porque son cuatro pesos diarios los de más lujo, ó tres pesos y medio los de segundo orden.

—Creo, me dijo Francisco, que en materia de cafés y *restaurants*, Filadelfia no está á la altura de Nueva-York.

—Convengo, dijo Galvez; pero el *Hotel-café*, el *Bresort*, el *Asher*, son buenos *restaurants*, y en el *Union league Club*, se come como en el mejor hotel de Nueva-York.

—No hagamos comparaciones, dije yo; personas muy conocedoras me han asegurado que la sola calle de Broadway vale todo Filadelfia.

—Pues no crea vd. que Market St., que es en Filadelfia la calle de los grandes negocios, es cualquier cosa; tiene cien piés de ancho y es animadísima.

—Broad St. y Chesnat, son tambien hermosas, añadió Francisco, y tienen, como Market, suntuosos almacenes.

—Nada de riquezas, ni de hermosura, ni de placer y amor, dijo Juanito; vdes. repasan vejezes cuando tratan de Filadelfia.

Allí está la iglesia más antigua, *The old, Tweed church*, construida en 1700 en el lugar que estuvo la primitiva, construida en 1677. Allí, segun Estéban, llevan á vd. muy reverentes los yankees á ver una casa grosera de ladrillo, construida por Penn; más adelante, como si visitara vd. los Santos Lugares, le enseñan un cafesucho de mala muerte, donde se reunen hace más de un siglo los magnates de la ciudad. Acullá un obelisco señala el lugar que ocupaba el olmo, bajo cuya sombra hizo Penn su primer tratado con los indios.

Paseando con un yankee, tiene vd. que mostrarse extasiado en Carpenter's Hall, lugar donde se reunió el primer congreso....

—De todo, lo que se puede considerar como más curioso, observó D. Estéban, es el edificio llamado *Independence Hall*, grande fábrica en Chestenat St., construido de 1725 á 1735, con el costo de ménos de treinta mil pesos.

En una pieza del lado del Oriente se hizo la declaracion de Independencia. La pieza se conserva con religioso cuidado en el mismo estado que tenia cuando aquella declaracion.

Las mismas pinturas, los mismos muebles.

Hay en aquel edificio una estatua de Washington, de mérito, así como retratos y reliquias de la revolucion, considerándose como preciosa la campana que sonó inmediatamente despues de hecha la declaracion de Independencia, y á la que llaman *Liberty bell* (Campana de la libertad.) Todo grande amor es fanático.

—Pues yo no tengo esa pasion por las baratijas, dijo Juanito. Cuando me encarecen el mérito de un sombrero de Napoleon, yo, siendo su dueño, lo daria por cualquier sorbete de uso comun.

—Hazme favor, Juanillo, de reprimirte, dijo Estéban; hazme el favor, porque á la tierra que fueres, haz lo que vieres.

—Y de edificios verdaderamente notables, ¿qué me cuentas? pregunté á Francisco.

—Que el Correo, la Aduana, y la Casa de Moneda, son muy hermosos.

El Correo está concluyéndose y ya sorprende su magni-

ficencia. El extenso patio es de mármol azul, las paredes de mármol blanco, la torre que corona el edificio tiene 450 piés de alto, ó sean ciento treinta varas, es decir, más del doble de las torres de la Catedral de México.

La *Aduana* es una copia del Partenon de Atenas, y la *Casa de Moneda*, de mármol blanco y construida del orden jónico, es admiración de los artistas inteligentes.

—La vez que más me detuve en esta ciudad, dijo D. Estéban, no visité esas maravillas por ver el *Asilo naval*, ó sea hospital para marineros inválidos.

Hay dos arsenales, el uno para la construcción de vestuario para el ejército, y el otro para la fabricación de municiones, siendo de advertir que este es el más grande depósito de pólvora de los Estados-Unidos.

—Siento que no veas la Penitenciaría. Su aspecto te inspiraría una leyenda, porque tiene la forma de un castillo feudal.

El sistema adoptado es de separación de celdas, no de aislamiento, aunque el aislamiento se modifica cuando está muy llena la prisión, de modo que estén á la vista y sin molestar, dos presos en cada calabozo.

El prisionero está provisto de útiles y material para un trabajo moderado, y tiene permiso para hablar con el capellán, sus celadores, y los oficiales de la Penitenciaría, pero no con sus compañeros de prisión.

—Dejemos, si te parece, mercados, templos y bancos, interrumpió D. Juanito; los templos son cerca de trescientos, los mercados bien surtidos y los bancos riquísimos. Todo eso lo traigo en la punta de los dedos; pero háblame tú á la europea, no olvides que mi pasión es París. ¿Qué hay de teatros?

—Pues creo que no te disgustaría el de la Academia de Música, que tiene asientos para más de tres mil personas.

—Poca cosa, chico, poca cosa; en París hay por centenares de esos teatros.

—Juan, contente . . . porque te pasas de la raya.

—Sobre que cada parisiense vale por tres yankees: hay, además, el teatro de la *Calle del Arco*, el de la *Opera*, el *Central*.

—¿Y respecto á librerías? pregunté á Francisco.

—Abundan, así como las Galerías de Artes. En primer lugar, se cuenta la Biblioteca de Filadelfia, instituida por la influencia y bajo los auspicios de Franklin, que tiene 100,000 volúmenes.

Doce mil volúmenes más encierra la librería mercantil.

La de los *Aprendices*, la del *Ateneo*, la *Alemana*, están perfectamente surtidas de libros especiales, y no menciono librerías pequeñas, porque sería cosa de estarnos inventariando bibliotecas toda la noche.

Lo verdaderamente admirable, se interrumpió Francisco con cierto entusiasmo, es la *Academia de ciencias naturales*; posee y exhibe en salones espléndidos colecciones riquísimas, que se aumentan día por día, de zoología, ornitología, geología, mineralogía, conchología, etnología, arqueología y botánica. Agassiz afirma que hay más de 250,000 muestras, y que es la más variada y hermosa colección de objetos de ciencias naturales de cuantos existen en el mundo.

—A mí, dijo D. Estéban, me agradó mucho, cuando lo ví, el Instituto Franklin para fomentar la mecánica y las artes útiles. Posee el Instituto una biblioteca numerosa y escogida, y los sabios dan allí lecciones al público, sobre ciencias.

—Con nosotros habian de dar, dijo Juanito; vaya vd. á reducir á nuestra raza á que cultive el gusto de los sermones.

—Amigo, dije yo, para eso nuestros sabios; dicen que son prodigios, cuando se paga á un médico ó cuando des-pabilan media fortuna como resultado de un pleito; pero esas becas de gracia, concedidas á los jurisconsultos; esas asignaciones á la agricultura; esos aparatos científicos, no han valido al pueblo, sino pocas veces, estoy por decir que ninguna, una leccion sobre el uso de la garrucha, acerca de los derechos del hombre; nada. . . . cuando más se dignan los sabios censurar. . . . aunque peguen cada rebuzno cuando abren los labios, que atarante. . . .

—La *Academia de Bellas Artes*, continuó Francisco sin fijarse en mi charla, es del estilo gótico; en extensísimos salones de rasgadas ventanas hay galerías de pintura y escultura muy valiosas, y modelos traídos de Francia é Italia á todo costo; los trabajos están perfectamente distribuidos; es prodigioso el número de alumnos, y muchos se hacen notables por su aprovechamiento.

D. Juanito dormía en el hombro de D. Estéban; Francisco, que es poco afecto á la conversacion con personas desconocidas, se bajó hasta la punta de la nariz la visera de su cachuchilla, y yo seguí en vela en el wagon, aburrido y asendereado, esperando con ansia que llegase la luz.

Pero quiten vdes: de ahí, si la noche era como el alma de Judas de negra, y la lluvia repicaba que era un contento en los cristales del wagon. . . .

De pronto paró el tren; serian las once de la noche; yo creía que habia ocurrido alguna desgracia. Era simplemen-

te arreglar la locomótor para que atravesase el tren un costado de la ciudad. Antes se atravesaba ésta, tirados los wagones por caballos.

Al fin, por media hora cesó el ruido y cesó el movimiento que me traía desencajados los huesos.

Francisco me sacó á la plataforma del wagon; pero, repito, el cielo era de bronce, y de ébano la oscuridad en que estábamos encerrados.

Algunas luces dispersas, como aves refugiadas de la tempestad, se veían pegadas á altísimas vigas y á cornisas gigantescas sin duda. . . . aquello, segun congeturaba, era una estacion.

A cada uno de los fugaces, pero rapidísimos relámpagos, como que brotaba sorprendente la gran ciudad con sus calles, sus cúpulas, sus torres, sus macizos de árboles y su conjunto inmenso; yo, en aquellas apariciones súbitas, le ponía nombre á lo primero que veía, segun las reminiscencias de mi guía. Aquel, le decía yo á Francisco, debe ser el Hospicio de Pobres, que dizque lo forman cuatro edificios espaciosísimos, que ocupan diez acres de tierra.

Los relámpagos seguían, y con ellos mis extravagantes congeturas.

—De fé, le decía yo á Francisco, aquellos dos edificios son el *Colegio de ciegos* y el de *Sordo-mudos*.

—Nada de eso: lo que señalaste es el Hospital de locos, donde merecíamos tú y yo estar, por hacer viajes á vista de relámpago.

—Pues, mira, estoy cierto que aquellas que nos parecían inmensas murallas, son el Gran Parque de Filadelfia (*Fairmount Park*).

—En efecto, atinaste por casualidad. Ese parque tiene una extensión de 2,740 acres. Se extiende por una y otra ribera del río *Schukill* y de *Wissahickon Creek*, por más de 13 millas. Contiene muchas bellezas campestres, más dignas de una hacienda que del parque de una gran ciudad.

Los cuatro depósitos de agua que se ven en aquel parque, para surtimiento de la ciudad, son admirables; la represa para la formación de esos depósitos tiene 16,000 pies de largo; el agua se hace subir hasta la cima del monte, por medio de ruedas y bombas.

En el parque hay una galería de pinturas, de las que algunas son muy celebradas, como los cuadros de las batallas de Gettysburg, de Rothermal, Cristo rechazado por el pueblo judío y una gran alegoría de la Nueva República, pintada por Powell.

Inmediata al parque se ve una extensa y abierta plaza en cuyo centro descuella gigantesca una estatua de Abraham Lincoln.

—Pon cuidado hacia Fairmount park. ¿Viste á la luz de esos relámpagos continuados, como una ciudad de cristales colorándose fantástica con la roja luz de la tempestad?

—Perfectamente: al Oeste de la ciudad, ¿no es cierto?

—Aunque se han destruido muchos edificios de los que se hicieron en la Exposición, otros muchos quedan en pie, y siempre tiene belleza extraordinaria el sitio que encierra un extenso y cristalino lago, pequeños valles tapizados de aterciopelado césped, grupos de árboles y accidentes de terreno, que no embellecen á éste, comparado con el bosque de Boloña por los franceses, y no puedo decirte más, me dijo Francisco, porque, como sabes, no la ví.

—Yo tuve la fortuna de ver la Exposición, observó Galvez, y para mí fué sorprendente, acaso porque no la pude comparar con las europeas.

El economista Molinari, que describe el terreno de esa Exposición, dice que tenía la forma de una montera extendida en una superficie plana (comparación rencorosa del francés contra el yankee). La punta de esa montera la ocupaba el departamento de agricultura; la base, dos departamentos perfectamente iguales, llamados Main Building y la Galería de las máquinas. El intervalo de las grandes secciones descritas, lo llenaban construcciones de todas dimensiones, de todos los estilos conocidos, de multitud de colores y de objetos los más variados que puedan imaginarse. El autor que acabo de citar, dice que eran ciento setenta y uno esos edificios.

El detalle de la Exposición debe vd. haberlo visto en varios periódicos, y tengo noticia que en México se publicaron, con este motivo, artículos muy notables de Bachiller y Morales.

Hizo esta cita Galvez y entramos al wagon, porque nos comenzaba á molestar la lluvia.

—Los he leído, dijo Gomez del Palacio, y en ellos te puedes imponer á tu gusto de cuanto desees saber.

—Yo, quien habria deseado, añadí, que hubiese publicado sus apuntes sobre la Exposición, es nuestro distinguido naturalista Mariano Bárcena.

—He oído mentar ese caballero con mucha estimación, y aun me valí de un amigo para que me lo presentase, dijo Galvez.

—Bárcena es muy jóven y su modestia tal, que hasta que